



EL MENDRUGO Y LA MORDAZA

(Monólogo—no diálogo, como parece—de actualidad)

- ¿Qué hace ese, qué chilla, qué gruñe?
 —No gruñe, aúlla.
 —¿Y qué aúlla?
 —Pues proclama la verdad y pide justicia...
 —Y bien dijiste que aúlla, porque el proclamar la verdad, que es pedir justicia, es hoy aullar. ¡A cualquiera se le ocurre!... Con lo que pasa, con lo mal que está todo..., con lo cara que está la vida..., con eso de las subsistencias..., con la guerra civil social..., con los crímenes de los sindicalistas y de los antisindicalistas y de sus agresores..., á cualquiera se le ocurre venir á proclamar la verdad... Verdad..., verdad..., ¡la verdad es una injuria! El proclamar esas verdades que son un peligro para el orden...
 —Actual.
 —¡Claro, no cabe otro! El proclamar esas verdades, digo, que son un peligro para el orden, es un crimen de lesa patria...
 —¡Duro, pues, con ellos!
 —Sí, pero con tino. ¿Qué, que aúllan la verdad esa; que al proclamar la verdad perturbadora del orden piden justicia, ó mejor, la exigen? ¡Bocotas! ¡Pero... tino, tino! Lo mejor será taparles la boca...
 —¿Cómo?
 —Con un mendrugo de pan...
 —Pero son capaces de no admitirlo, de echarlo, y hasta de morder la mano que se lo dé, en vez de besarla...
 —Sí, que hay gente tan ingrata... Y luego... esos intelectuales...
 —Sí, no se puede con ellos...; no hay modo de poner en claro qué es lo que quieren...
 —Pues que se les deje decir eso que ellos llaman la verdad. Y ya ves, la razón de Estado...
 —La verdad..., la verdad... ¿Y qué es eso, con qué se come?
 —Así le preguntó Pilatos al Cristo. Es decir, le preguntó: «¿Y qué es la verdad?», no «¿Con qué se come?»
 —Es menester que con la verdad no se pueda comer.
 —¿Y para eso lo del mendrugo?
 —¡Para eso!
 —¿Y si no cae en ello, si no abre la boca para cogerlo?
 —Entonces, una mordaza. Pero esto, en último caso. Lo de la mordaza es peligroso..., muy peligroso...
 —¿Para el orden actual?
 —Sí, para el orden. Y ya te he dicho que no hay más que el actual. Porque ¿cuál otro va á haber?
 —¿Y aquello de lesa patria?...
 —¡Ah!, he ahí un delito que no le tenemos todavía definido en nuestro sabio código. Habrá que decirselo á nuestro Caifás...
 —¿A nuestro Caifás?
 —Sí, al de nuestro Sanedrín. Habrá que decirle que defina y clasifique y etiquete este nuevo delito: el de lesa patria...
 —¿Y no llevará eso consigo el que tenga que definir y clasificar y etiquetar también el concepto de patria?...
 —¡Hombre, no! Eso de patria..., eso de patria, lo saben todos...
 —¿Todos?
 —Menos los sin patria..., esos desgraciados..., los que nos quitan el sueño... Pero á esos... Se hace que se escapen y... ¡sansacabó!
 —¿No estaría mejor lo del mendrugo?...
 —Es que no se contentan con mendrugos. ¡Quieren bollos!
 —¡Insaciables!
 —Y encima dicen que se les debe de justicia...
 —Justicia..., justicia...
 —¿Justicia? ¡Ya me tienen harto con esa monserga de la justicia! Quisiera que me explicasen bien qué es eso de la justicia. Ahí hay una secretaria de Gracia y Justicia... Gracia..., gracia...; esto, sí; esto de la gracia sí que lo entiendo: «¡Olé, tu gracia!», ó «¡viva la gracia!» Es algo así como el salero ó la sandunga. Y hasta la otra gracia, la gracia de Dios... esa que llaman la gracia de Dios, la G. de Dios, la de los duros y pesetas, y hasta de las perras chicas; sí, también ésta la comprendo, pero no la justicia. ¿Qué es eso de la justicia? ¿Con qué se come?
 —Hombre, la justicia no se come.
 —¿Conque no se come, eh? ¿No se come la justicia? Entonces... ¿qué es eso? ¿Qué es eso, que no se come? Está visto que ni con mendrugos ni con mordazas se puede con esos...
 —¡Librepensadores!
 —Tú lo has dicho, tú; ¡librepensadores! Y ya se sabe á lo que llaman pensar libremente... ¡A morder!
 —Sí, ¡pero no el mendrugo!
 —Te digo que esto está perdido, ¡perdido del todo! No hay respeto ninguno...
 —Pero aquí, entre nosotros, ahora que nadie nos oye, ¿le tienes tú?...
 —Hombre, yo..., yo..., ¡yo estoy sobre el respeto! ¡O es que voy á mirar á alguien hacia arriba?
 —El respeto es mirando hacia abajo. El verdadero respeto es el respeto á los menores, á los inferiores...
 —Bueno, bueno; ¡déjame de monsergas! ¡Te me vas volviendo también... intelectual, librepensador! Pregúntale á nuestro Caifás sobre eso y verás lo que te dice...
 —Caifás te dirá lo que se sepa que quieres que te diga... ¡Ese sí que muerde en el mendrugo!
 —Sí, el pobre señor no se tiene mucho respeto á sí mismo...
 —Es que tiene que comer...
 —Buono; pues que nos defina el crimen de lesa patria y le daremos doble ración.